

## **Comunalidad. Sobre el estudio de la 'duración' de los contextos de interacción urbanos**

*Communalty. A study on the 'duration' of interaction situations in urban contexts.*

Jorge Vergara Vidal

### **Filiación**

Universidad de Chile  
E mail: [jvergaravidal@icloud.com](mailto:jvergaravidal@icloud.com)

Primera versión recibida en: 21 de enero, 2016  
Última versión recibida en: 24 de mayo, 2016

### **Resumen**

El objetivo de este trabajo es considerar la noción de 'comunalidad' para el estudio de la duración de las situaciones de interacción en los contextos urbanos. Para ello se revisan el rol de la percepción individual en la composición de los parámetros de acción social; la operación de un ejercicio epistemológico ('objetualización') que permite gestionar individual y socialmente lo percibido y como ello se torna 'común' a los actores mediante la proximidad de percepciones ('comunalidad'). Finalmente se propone considerar que la densidad de la 'comunalidad' en la percepción de los individuos puede ser útil para fijar la duración de los contextos de interacción urbanos (ecologías).

### **Palabras Clave**

Ciudad; Tiempo; Percepción; Objetualización; Comunalidad

### **Abstract**

*This work will consider the notion of 'commonality' to study the temporal magnitude of interaction situations (ecologies) in urban contexts. Three elements are taken into account: 1) the role of individual perception in the composition of parameters for social action; 2) the operation of an epistemic exercise (objectualization) that allows individuals and society to manage the perceived; 3) and how this exercise becomes 'common' to actors through the proximity of perceptions (commonality). Finally it is suggested that the density of 'commonality' in individual's perception may be useful to understand the temporal magnitude of interaction situations in urban contexts.*

### **Key Words**

*City; Time; Perception; Objectification; Communalty*

## Sumario

Introducción. La composición de la percepción individual en los contextos urbanos

- 1 La percepción y composición del 'tiempo' en los contextos urbanos
- 2 La objetualidad del 'tiempo' como producto intersubjetivo y la 'comunalidad'
- 3 La duración y persistencia del tiempo a partir de la 'comunalidad' de su percepción
- 4 Conclusión. El estudio de la duración de los contextos de interacción urbanos a partir de la 'comunalidad'

Referencias

## Introducción. La composición de la percepción individual en los contextos urbanos

La noción de un individuo sensible a lo percibido en los contextos urbanos, y por tanto afecto a sus influjos, debe uno de sus primeros trazos a la obra de Georg Simmel quien vincula la capacidad de percepción con la constitución de la conciencia. Simmel hace hincapié en que las capacidades intelectuales que un individuo requiere para actuar en un contexto urbano están asociadas con "la intensificación del estímulo nervioso, que resulta del rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones externas e internas" (Simmel, 1908: 2), de forma que los contextos urbanos contribuyen centralmente a la constitución de un tipo específico de individualidad: la del 'urbanita'.

Estudios bastante posteriores a los de Simmel, ha corroborado sus dichos. Los efectos de los contextos urbanos sobre los individuos que los habitan pueden ir más allá de la configuración de la 'identidad urbana' siendo capaces de afectar permanentemente la actividad de la amígdala (Lederbogen et. al. 2011), la producción de oxitocina y vasopresina (Zink & Meyer-Lindenberg, 2012) y, por tanto, de afectar la capacidad cognitiva de los individuos (Meyer-Lindenberg, 2012). Afectan al individuo tanto en su adscripción identitaria como en la capacidad física y cognitiva que este tiene de percibir y leer sus entornos.

Para Simmel, la ciudad al enfrentar al individuo con un "tumulto apresurado de impresiones inesperadas, la aglomeración de imágenes cambiantes y la tajante discontinuidad de todo lo que capta una sola mirada" (1903: 2), configura una exigencia perceptiva cuya respuesta es una conciencia, más asociada al intelecto (entendimiento) que a la emocionalidad, que debe ser capaz de ordenar los fragmentos en que se presenta la realidad en una 'impresión' que sea guía eficaz para la acción. El requerimiento compositivo de la 'impresión sensible' deviene de la naturaleza fragmentada de lo percibido: fragmentos de espacio (Simmel, 1908; 2007); fragmentos de tiempo (Simmel, 1908; Vernik, 2009), fragmentos de ritmos y conformación de unidades (Simmel: 1917), todo ello es asentado en una estrategia reductiva y cohesiva de la realidad. Por medio de la 'impresión sensible' la conciencia individual hace manejable la multiplicidad de lo real con que el individuo interacciona, dando forma a la acción (Simmel, 1908: 676).

Esta idea de una operación reductiva, que no está muy lejana de la noción de 'impresión mental' de Gabriel Tarde (1897: 30) y que tiene ecos en la 'definición de la situación' de W.I. Thomas y en la 'operación de ensamblaje' de John Law, coincide con los resultados de los estudios sobre 'racionalidad acotada' (Gigerenzer, 2008) y sobre 'racionalidad ecológica' (Todd & Gigerenzer, 2012), que proponen una base de cálculos heurísticos y decisiones racionales, conscientes y no conscientes, para la acción social. No todo lo percibido es integrado como información para la acción, el dispositivo cognitivo selecciona en pos de su efectividad, ya sea armando unidades de sentido o siguiendo patrones de selección e inclusión ya conocidos

(paquetes heurísticos). De esta manera la forma de la acción tiene relación con una operación reductiva anterior, la que deviene en una unidad compositiva que expresa un ordenamiento relevante y coherente de lo percibido.

Al establecer el influjo de los contextos urbanos sobre el individuo y sobre las formas como este ocupará el espacio por medio de la acción, Simmel tiene la virtud de vincular recíprocamente el mecanismo perceptivo con el de la interacción, articulando una doble naturaleza, de perceptor y de actante, en el fenómeno de la auto conciencia. Esto equivale a decir que la producción de lo individual (self-awareness), tanto en aquello que refiere a la organización de la autoconciencia como a la forma de codificar y ordenar la percepción, no es diferente de la producción de lo social que organizan los individuos en relación con lo otro (other-awareness) y en la interacción recíproca (secondary representation; joint action) (Asendorpf, 2002; Pacherie, 2011); de manera que el proceso de constitución del individuo como 'autoagencia', por medio del fenómeno perceptivo, funciona al mismo tiempo como constituyente del dispositivo interaccional: perceptor y compositor se enactan en la misma unidad temporal de la interacción. Ello hace posible encontrar una fuerte relación entre el fenómeno autoconstitutivo (self-agency; self-awareness) y aspectos como la capacidad cognitiva de representación secundaria (Asendorpf, 2002), la noción de acción conjunta (joint-action) (Pacherie, 2011) y la capacidad empática (Stein, 1917; Iacobini, 2009); es decir, con los mecanismos neurocognitivos que funcionan como soporte a la interacción social (Bekkering et al., 2009).

La concordancia de lo anterior con lo señalado por Simmel y Tarde respecto al sustrato intermental (o intersubjetivo) de la interacción social, es evidente. El producto que ambos sociólogos ven de esto se materializa en una unidad compositiva: una impresión (Simmel, 1903: 2; 1908: 676). Para Simmel, como vimos anteriormente, esta composición producida por el individuo actúa sobre el mismo; para Tarde, el resultado de la relación entre el individuo en un contexto social, del individuo frente a los hechos sociales, es inter-mental: un tejido relacional basado en las creencias y deseos que se imprime mentalmente (mental imprint) en la acción social (Clark, 1969: 15). Esta 'impresión' opera de la misma forma de una fotografía: interrelaciona, detiene, mapea: compone. A partir de ella el individuo desarrolla la acción y articula relaciones inter-mentales. Desde esta composición se ajusta la acción individual con la resonancia de lo colectivo, estableciendo una vinculación que no implica determinación (Tarde, 1897: 30).

John Law elabora, en la noción de 'método de ensamblaje' (method assemblage), un equilibrio más armónico entre lo compositivo y lo interaccional. Realizada para vincular las perspectivas epistemológicas de la 'simetría metodológica' (Bloor y Barnes) y de la 'ontología simétrica' (Callon), esta noción acoge conceptualmente los principios de 'simetría' y 'libre asociación' con que son organizadas las entidades (humanas y no humanas) que emergen en las relaciones de interacción: "Los actores son entidades, humanas o de otro tipo, que hacen que el acto suceda. Ellos no están dados, pero emergen en las relaciones (...) hablar de método de ensamblaje no dice nada sobre el carácter de ausencia, las condensaciones de la presencia, o las mediaciones que los producen" (2004: 102-103), pues no se diferencia entre un buen o mal método de composición. Por el contrario, Law propone considerar como 'métodos de ensamblaje' procesos que 'enacten' ausencias como formas independientes, anteriores, singulares y definitivas; y procesos que articulen presencias o condensaciones de representación, alegorías, objetos y eventos, lo que constituiría finalmente una imagen sincrónica del entorno (Ibid.: 102 ss.) La unidad compuesta, como plantea Law, sostiene su conjunto siempre y cuando las relaciones que la sostienen no cambien (2002); la estabilidad de su sintaxis deviene de la persistencia de las relaciones que son articuladas en ella y si éstas cambian, lo sigue la unidad compositiva.

Dicho de otra manera, la 'composición' es resultado del mecanismo perceptual puesto en función de la acción por parte del individuo. Lo que se compone finalmente es una noción sincrónica de las interacciones posibles que se pueden enfrentar, de las vinculaciones que se pueden establecer entre elementos humanos y no humanos, presentes positiva y negativamente (ausentes). La cualidad central de esta 'composición' es la 'coherencia', entendida como la capacidad de un conjunto de "unir" o "pegar" ('cohere', lat.) los elementos que lo constituyen y mantenerlos unidos o vinculados. Tal entramado o 'tejido' de vinculaciones, más que una articulación estructural, es una organización temporal de lo percibido que conforma una unidad de base 'coherente' que posibilita el desarrollo de la acción.

## **1 La percepción y composición del 'tiempo' en los contextos urbanos**

La importancia del factor temporal en la organización de lo percibido no es ni menor ni simple, pues requiere de una objetualización del tiempo que haga posible la fijación de duraciones. Asumir una cualidad objetual del tiempo habilita una operación de separación de la dualidad tiempo/espacio que, con el riesgo que conlleva, permite considerar al tiempo como uno de los elementos con que interactúan los individuos y especificar sus efectos en la percepción. También facilita eludir ciertos problemas notados por Zerubabel (1979, 1981) asociados a las nociones de temporalidad rígida y de regularidad temporal, toda vez que ambos implican valores de tiempo que debiesen ser compartidos por todos los individuos contextualmente situados. Este supuesto no del todo firme como ha hecho ver Luhmann con su noción de la 'contingencia' (Gumbrecht, 2001) o como plantea Mead si se cumple el precepto de que las duraciones son un desplazamiento continuo del presente hacia los demás (Flaherty y Fine, 2001). Si el tiempo puede ser contingente o deslizado es porque no todos los individuos perciben (o valoran) el tiempo de la misma forma y porque estas percepciones y valores pueden ser trasladados de un individuo a otro.

Junto con las facilidades señaladas, objetualizar el tiempo requiere de operaciones tendientes a su visibilidad perceptiva y su posterior gestión. Estas operaciones tienden a segmentar, regularizar, numeralizar la percepción de un objeto invisible, hecho visible de manera similar al método de Ernest Rutherford, mediante su interacción con otros objetos. De manera que, para objetualizar este elemento invisible que llamamos tiempo, lo llenamos con todas las marcas que su naturaleza singular permita, lo enfrentamos con todos los cuantos que hasta el momento hemos podido fabricar (desde los nanosegundos hasta los milenios) para hacer posible su cálculo y su comparación. Latour y Lépinay, en su notable introducción a la *Psychologie économique* de Gabriel Tarde, sostienen que el corazón humano calcula y compara todo el tiempo (2009: 37), esto que puede ser entendido tanto como la duración de una práctica (que funciona persistentemente, todo el tiempo) como el objeto de una práctica (el tiempo es el objeto medido por el corazón humano), da cuenta de la doble operación detrás de la objetualización del tiempo. Respecto del reloj, quizás el más moderno artefacto de esta operación, Baudrillard señalaba que es "un corazón metálico que nos tranquiliza respecto de nuestro propio corazón", toda vez que su funcionamiento producía un orden de exterioridad capaz de incluir y asimilar la sustancia temporal en una relación espacial y objetiva (1969: 24). Pero el reloj no produce en sí mismo la objetualidad del tiempo que desea Baudrillard, más bien sólo produce un cuanto lanzado en busca de un efecto que trace una posibilidad objetual, constituye un artefacto de la estandarización de la localización temporal, propuesta por Zerubabel (1981).

Procesos de estandarización de la localización temporal están presentes en las nociones de 'situación' (Thomas), 'contexto' (Giddens) o 'campo' (Bourdieu), entre otras, que no dejan de tener utilidad para la descripción y análisis de la acción social aun cuando su alcance esté limitado al sentido que se aduce al objeto 'tiempo' y al valor que expresa su estandarización.

En estos casos las nociones funcionan sobre el supuesto de una temporalidad rígida o de una de regularidad temporal (Zerubabel, 1981: 12), pero tal supuesto resulta imposible de sostener si se abre una posibilidad generativa del tiempo, es decir, si se sale de análisis meramente sincrónico o se abre la pregunta acerca de las duraciones. Zerubabel aporta en este punto al hacernos mirar nuevamente hacia la dimensión cognitiva (1981: 12); parafraseando lo anterior, el corazón calcula y compara todo el tiempo, pero no calcula y compara siempre de la misma manera.

La dimensión perceptiva en relación al tiempo ha sido discutida en la sociología desde obras como las de Simmel o Tönnies, influida en su primera parte por la filosofía de la Historia, pero son las obras relacionadas con las perspectivas filosóficas de Leibniz, Bergson y Husserl (Gell, 1996), las que pusieron énfasis en el fenómeno perceptivo en tanto tal. Obras como las de Stein (1917), Thomas (1923), Schutz & Luckmann (1973), Mead (Ramos Torre, 1992) o Berger y Luckmann (1967) colaboran profundamente con las reflexiones sobre la variabilidad de la percepción temporal y sus posibles explicaciones e incidencias como ha demostrado Michael Flaherty en sus trabajos (1979; 1999).

Teniendo en consideración las obras anteriores, Flaherty (1999) sostiene que la principal cualidad de la duración está incrustada en nuestra impresión de que lo percibido cambia. Nuestros relojes y calendarios marcan tiempo, pero no lo producen como propone Baudrillard. Para Flaherty, la capacidad de producir tiempo deviene de la relación entre la reflexiva unidad de la conciencia y la dinámica fragmentaria de la experiencia. Decir que la realidad es temporal porque es duración supone concebirla como un continuo hacerse y deshacerse en el que sólo se puede encontrar procesos y nunca estados o hechos (Torre, 1989: 30). Como propone Ramos Torre “los marcos temporales sólo cumplen su función de orientación si están interiormente estructurados, es decir, si reciben una diferenciación interior que permita pasar de la idea de un continuo homogéneo a la de un orden discreto heterogéneo” (Torre, 1989b: 66). De esta manera, lo que es posible que determine los puntos iniciales y finales de un periodo temporal que entendemos como ‘duración’, es un cambio en los elementos percibidos. Estos cambios reconfiguran la idea de ‘situación’, como el búho de Minerva, solo nos damos cuenta del cambio situacional cuando ésta ya ha cambiado, cuando ya hemos cumplido (en el sentido spinoziano) el valor temporal, la ‘duración’ o la distancia entre una marca temporal y otra.

En concreto, producir ‘tiempo’ o gestionar el ‘tiempo’ (como postula Flaherty con su *time work*) es un fenómeno asociado a la capacidad y practica de calcular y comparar, pues lo que en realidad producimos, lo que sí es fruto de nuestra labor, son las marcas con las que enfrentamos el fenómeno temporal para hacerlo visible, iterable, objetual. Producimos ‘tiempo’ porque lo percibimos como marcado y con ello organizamos formas según valores asociados a estas percepciones, dado que: producimos unidades de ‘tiempo’, de distinta naturaleza, de distinto orden: de distinto valor. Las diferencias entre ‘tiempo vivido’, ‘tiempo del mundo’, ‘tiempo social’, ‘tiempo natural’, procesos, minutos u horas, son diferencias entre valores con que organizamos unidades de tiempo, cuya intensidad limitamos o marcamos como una forma de cuantificar. Tales son la principal operación de objetualización del ‘tiempo’, como señala Baudrillard, es en la colocación donde se juega la movilidad de un espacio (1969: 25), de esta manera es en la colocación de las marcas temporales donde se opera la forma temporal y su sentido.

El orden de colocación de estas marcas tampoco es menor, si podemos distinguir entre lo ‘nuevo’ y lo ‘viejo’, y podemos aplicar tales valores a un mismo objeto e un mismo momento (lo que es ‘viejo’ para A, puede ser ‘nuevo’ para B) es porque asumimos un orden lineal que, a su vez, hace posible un orden no lineal. El tiempo es percibido y marcado, el tiempo es visible, en un sentido amplio, de imaginación visual, pero también es posible considerar que el ‘tiempo’

es cognitivamente visible. Los objetos con los que interactuamos contienen incrustaciones intertemporales reconocibles en la distinción entre lo nuevo y lo viejo, lo actual y lo antiguo, entre otras que nos dan cuenta de sus duraciones o de sus intertextualidades.

## **2 La objetualidad del 'tiempo' como producto intersubjetivo y la 'comunalidad'**

Ya sea asumamos un valor ordinal, topológico o métrico como propone Ramos Torres (1989b) siempre estamos ante un problema de colocación de marcas y de objetualización del 'tiempo', es decir que detrás del problema del valor hay un problema de organización, y viceversa. En la forma se oye una melodía, como planteaba Mead (1936: 297). La posibilidad de que el 'tiempo' sea marcado deviene de que sea posible percibirlo y operarlo cognitivamente. Es claro que las marcas no son puestas directamente sobre él, se construyen en torno a su percepción y señalan unidades de tiempo de naturaleza diferente. Tanto las horas de los relojes, las señalizaciones situacionales (como la hora del té, tiempo de descanso, tiempo de rebajas, entre miles de otros), los cambios de intensidad en las interacciones (verbales, gestuales, visuales, grupales), las periodizaciones de distintas funciones, implican la construcción de unidades de valor respecto al tiempo que son, siguiendo a Ramos Torre, meramente referenciales. El individuo aprende, como postula Elias, a distinguir y comparar estas referencias desde su infancia, integra así el concepto de tiempo como una variedad de valores y formas posibles de producción, un concepto cuya homogeneidad deviene de una pulsión cuantificadora más que de una naturaleza clara.

Para Norbert Elias "con la palabra *tiempo* nos remitimos a la puesta en relación de posiciones y periodos de dos o más procesos factuales que se mueve continuamente" (1989: 19). En este sentido, las marcas temporales, o símbolos cognitivos y reguladores para Elias, serían la expresión de organizaciones de valor de tiempo, referenciales al valor puesto en juego en cada una de las marcaciones. Para Elias, estas organizaciones de valor, la relación entre los acontecimientos en curso, son una elaboración de percepciones que hacen hombres con ciertos conocimientos, lo cual coincide con lo planteado por Durkheim, pero que solo es aplicable a ciertas unidades de valor que está enactadas socialmente mediante el convenio o la imposición (como los usos horarios, los calendarios, etc.). Este tipo de producción de unidades de valor de tiempo contiene la posibilidad de que este proceso organizado por relaciones de poder que Elias nomina como coactivas (Ibid: 20), lo que si bien es obviamente posible, restringe la producciones de tiempo de corte individual o viral (por 'comunalización'), las cuales, como se tratará de demostrar, son formas incidentes en la producción del tiempo de ecologías urbanas no estructurales, asociadas a interacciones casuales o situacionales de diverso orden.

Dadas estas características de la objetualización del 'tiempo' es difícil pensar que las marcas temporales que designan la 'duración' y/o la intensidad de las unidades de tiempo sean solo fijadas objetivamente. Percibir la 'duración' de un minuto puede asumir intensidades diferentes ya se trate de un lapso no significado que un lapso significado, como puede ser el último minuto del año o de un partido en que se pelea el campeonato. La significación del lapso es capaz de entregarle valor, como expresión de la 'creencia' y/o el 'deseo' en el sentido tardeano: no se trata aquí de una separación entre valores objetivos y subjetivos.

La objetualidad del 'tiempo' y el carácter intersubjetivo de su construcción permite asociar ambas ideas a un contexto espacial: como constituido por interacciones y efectos entre objetos humanos y no humanos. Por cierto, que la objetualidad del 'tiempo' tiene un rango particular que lo diferencia de los otros 'objetos' interactuantes. Presenta una cualidad material depositada en las múltiples marcas que dan cuenta de las unidades de valor con las que es enactado, y sumado a esto el tiempo podría ser performado por los individuos toda vez que producen tiempo performado en unidades y marcas capaces de ser percibidas y conocidas.

Tal condición material permite que el 'tiempo' puede ser identificado, medido y acumulado en unidades de diversa naturaleza (minutos, horas, días, semanas, etc.). Las narraciones de temporalidades se constituyen, así como formas de acumulación a la vez que como unidades. Pero para que ello sea posible se requiere que el tiempo sea inventado, iterado, repartido, imitado y adaptado. Si las figuras tardeanas encuentran sentido es justamente porque es posible aducir al tiempo un carácter objetual, además de procesual. Que el tiempo pueda ser acumulado no implica nada respecto a él, directamente, apunta a las a la objetualización que hacemos de él, a la producción que hacemos de él. Pero, si las producciones de tiempo son, indefectiblemente individuales y por tanto diferentes, ¿cómo es posible compartir apreciaciones de tiempo? Esto queda habilitado por la iteración de los parámetros o marcas que nos permiten convenir, compartir y distinguir unidades de tiempo. Si una marca no es repetida, si no implica una duración de valor de unidad, no adquiere significancia. La marca es referencial a un valor, su multiplicidad implica que los valores que podemos aducir al objeto son múltiples, que éste no puede ser reducido a un solo tipo de valor y por tanto, a un solo tipo de marca. Los cambios de entonación al comenzar o finalizar una frase, los modos y gestos para dar por terminada una interacción social, los rituales de inicio y término de las diversas actividades, son todas marcas, asociadas al inicio y término de interacciones en torno a valores de tiempo.

El carácter intersubjetivo del 'tiempo' es lo que permite la multiplicidad de registros capaces incluso de entregar datos contradictorios que, sin necesidad de ser unificados, se constituyen en cercanías posicionales: 'comunalidades'.<sup>1</sup> Lo interesante en la medición del 'tiempo' no es la multiplicidad de modos de medición sino la intercomparación entre ellos (Latour y Lépinay, 2009: 33), la 'comunalidad' que es posible de verificar en ello. A partir de esto las percepciones de valor pueden ser traspasadas, contaminadas, viralizadas, pudiendo asumir los mismos patrones que se ven en los modelos matemáticos de expansión espacial de contagios, siguiendo, como plantaba Tarde, patrones ni lógico ni teleológicos (2011: 65). El trabajo con el 'tiempo' es también el trabajo con la 'distancia', con las unidades intersubjetivas del espacio. Como señalan Latour y Lépinay, la variedad de instrumentos disponibles es una prueba de la vastedad de la reserva de cuantificación que contiene un objeto como el 'tiempo': "si se quiere de verdad cuantificar entonces hay que buscar todos los tipos disponibles de quantum, en vez de utilizar uno solo para analizar todos los demás" (2009: 35).

Por lo anterior, la precisión de las unidades de valor no son el aspecto más importante del proceso de cuantificación, sino su capacidad de iteración, aquello que permite notar lo measurable. Los instrumentos pueden ser múltiples, los valores también. Producir tiempo, en el sentido de Flaherty se relaciona con esto. De la misma manera como el signo monetario no puede ser utilizado para medir la totalidad de dimensiones de la riqueza, el signo cronológico es incapaz de medir el conjunto de las dimensiones del tiempo. En este sentido 'performamos' el tiempo, siguiendo la idea que Callon (2006) aplica a la economía. En este sentido el tiempo es visible y legible, los ojos de la cognición que tornan al 'tiempo' en objeto lo hacen notable a la asignación de valor y a la definición de sus unidades. Aún cuando varíen los modos de cálculo, cada vez que son aplicados, lo son sobre un objeto visible.

En resumen, lo que hace numerable al tiempo es la intensidad de su percepción, del efecto objetual sobre las interacciones, esto es lo que nos permite apreciar que el tiempo "no es igual" en una hora de espera que en una hora de diversión. En realidad, el tiempo "es igual" al efecto de su percepción y por tanto sus unidades de valor son las que cambian. La amplia variedad de

---

1 Dentro del análisis factorial, se entiende por "comunalidad" la proporción de la varianza que es explicada por los factores comunes en una variable (Ato, López et al. 1990:160). Para el caso que estamos tratando la comunalidad se da a partir de las distintas propiedades materiales, funcionales, estéticas y programáticas de las unidades agregadas.

estas unidades, a la par con su multilocalidad, sólo nos indican que la noción de valor desde lo cual se construyen las unidades de tiempo no es una sola, lo que permite la variación de las formas de tiempo. Ya en la década del 1930 Mead había trabajado esa solución en su trabajo sobre el 'pasado', en el que sugiere que el 'presente' pareciera ser el tiempo esencial de la autoconciencia (Mead, 1992; Flaherty y Fine, 2001).

### **3 La duración y persistencia del tiempo a partir de la 'comunalidad' de su percepción**

Como es posible apreciar tanto en la literatura sobre espacio como en la literatura sobre tiempo hay una clara tendencia a considerarlos como una suerte de dicotomía, que se presente como una variable espacio temporal. Algo de ello está en la cualidad *situada* propuesta por Giddens justamente para dar cuenta de que los individuos y hechos sociales ocurren en una localización específica de tiempo y espacio. Lo mismo ocurre con otros conceptos experienciales como los asociados a las nociones de 'performatividad' y de 'enactación', que limitan el efecto de la diferencia entre 'tiempo' y 'espacio' por medio de una localización de presente, mas que mal, como había planteado también Mead, el espacio y el tiempo son producto de la experiencia (Flaherty y Fine, 2001).

Tomando en cuenta los efectos de las formas espaciales sobre la acción de los individuos que sus estudios notaban Bill Hillier postuló que el espacio podía ser objetualizado como una máquina más que como una realidad textual (1984; 2007), algo cercano a la objetualización del 'espacio' como 'modo de producción' propuesta por Henri Lefebvre (2013). En este sentido el 'espacio' podía ser diseñado para afectar la acción social, tal como lo han demostrado a su vez los resultados de las investigaciones de Lederbogen et al. (2011), Zink (2012) y Meyer-Lindenberg (2012).

Lo anterior, que es claro para el tema del 'espacio' y su objetualidad, no funciona de la misma manera para el caso del 'tiempo', lo que podría implicar que aún cuando se les trate habitualmente como relacionados dicotómicamente estamos frente a dos objetualidades que pueden ser trabajadas en forma separada. De hecho, si bien se menciona con relativa constancia la idea de una 'arquitectura del tiempo' (Pantzar, 2010), lo cierto es que la puesta en práctica de tales metáforas no dejan más que una nueva colección de marcas temporales es decir, reiteran intervenciones de objetualización pero no logran acceder a una intervención objetual en sí. El diseño de los espacios de retail es un ejemplo de esto: por un lado contienen un diseño situacional sostenido por materialidades (marcas) específicas (maderas, colores, texturas), pero no tiene control completo sobre el diseño de flujo, lo que afecta la duración de la situación propuesta.

Al parecer las posibilidades de objetualización que el 'tiempo' nos otorga son distintas a las que nos presta el 'espacio'. El 'tiempo' es un objeto que puede ser plegado y desplegado alrededor de marcas iteradas, periodizaciones de distinta extensión determinadas por las producciones y distribuciones de valor. Eso nos permite distinguirlo y calcularlo, pro además nos da una señal de su multidimensionalidad. Como postulan algunos estudios sobre movilidad espacial (Sevtsuk, 2008; Sevtsuk y Ratti, 2010) es posible identificar patrones de movimiento diacrónicos en espacios urbanos, ello implica que la experiencia espacial es similar, pero ¿podemos afirmar eso de la experiencia temporal? ¿En cuantos tiempos vivimos mientras recorremos 100 metros? El número mínimo es uno, el presente, pero ¿cuántos elementos temporales se enactan ante la percepción visual? Evidentemente todas las objetualidades intertemporales que podamos reconocer, tal virtud no es espacial, por ejemplo. El problema que subyace a esta cualidad del tiempo es que mientras en la aplicación de una noción donde tiempo y espacio coinciden, como una experiencia 'situada', en el sentido de Giddens, podemos estar seguros que los individuos que interactúan comparten percepciones similares de tiempo y



espacio, fuera de esa condición teórica la asimetría temporal puede ser un problema relevante. Tal problema se asocia a lo que se ha considerado como 'tiempo social'.

Lo que habilita la posibilidad del 'tiempo social' es la operación de la capacidad empática. Ello permite entre otras cosas la predictibilidad imaginada del 'trabajo de tiempo' y la gestión espacial de los individuos. Lo comunalizado, lo imitado o lo contagiado no es otra cosa que apreciaciones de valor sobre un 'objeto', en este caso, sobre el tiempo considerado como 'objeto', intersubjetivamente. Si esto es así, es decir, si es el mecanismo empático el que habilita los parámetros que hacen posible la interacción, ello afecta no solo lo 'situado' del sentido, sino también lo proyectual, lo diseñado o lo agendado. No es posible separar los estudios de las interacciones de las posibilidades neurocognitivas de los individuos. El aspecto intersubjetivo se muestra así como una condición desde lo cual todo se estructura o se habilita. La intersubjetividad en tanto capacidad, como operación, como movilización. Todo ello es integrado al mecanismo empático.

Como sostienen Latour y Lepinay, el 'valor' es interno a las subjetividades (2009: 20). En lo concreto, la percepción del tiempo (sus marcas y la conformación de sus unidades) como de cualquier objeto en el espacio está limitada a la individualidad. Las mismas leyes físicas que impiden compartir a dos cuerpos distintos un mismo espacio, impiden la percepción idéntica de un mismo objeto. Si persiste la sensación de que dos individuos, al observar el obelisco, observan un mismo objeto, es porque podemos suponer que las percepciones son similares, porque podemos suponer qué es lo que observan desde el punto donde están, porque imaginariamente podemos ponernos en su lugar e imaginar que vemos a través de sus mismo ojos. Pero todo ello no ocurre sino en nuestra mente y es lo que evidencia la operación de la capacidad empática.

Cerrada esa capacidad la dislocación temporal se hace evidente, como en el experimento de la percepción lentizada por el caso con cámaras<sup>2</sup>. En tal experimento es posible apreciar como es el enfrentamiento entre la percepción temporal individual y la percepción temporal que denominamos como *social*. En realidad la normalidad perceptiva es individual o, dicho de otra forma, en un contexto de interacciones espaciales la distribución normal de las percepciones proviene de la capacidad empática de los individuos. Una consideración objetual del tiempo permite considerar que sobre este objeto se producen los mismos fenómenos que ocurren al mirar el obelisco (o cualquier hito urbano), las marcas que permiten su observación y las producciones de valores sobre él habilitan las percepciones individuales, la operación de la capacidad empática habilita la posibilidad de 'comunalidad' en estas percepciones que deviene en lo que consideramos "tiempo social".

#### **4 Conclusión. El estudio de la duración de los contextos de interacción urbanos a partir de la 'comunalidad'**

Los registros y estudios sobre la movilidad de los individuos en grandes ciudades (González et. al., 2008; Sevtsuk, 2008) han permitido establecer patrones que implican tanto la presencia de performances persistentes (rutas iteradas, exploración y retornos preferenciales) como de variaciones (o anomalías) que modifican constantemente las formas de las trayectorias habituales (Song et. al., 2010). Esto permite suponer que el punto de observación diacrónico, así como el uso de un supuesto de temporalidad regular y/o rígida, impide apreciar fenómenos significativos para la comprensión del fenómeno que no tiene que ver con la posición espacial

---

<sup>2</sup> Ver, "Presentan casco que "desacelera" el tiempo frente a tus ojos". Diario La Tercera, 16 de noviembre de 2012. <http://vimeo.com/lorenzpotthast/decelerator>

georeferenciada (ya obtenida) sino con registros sobre la percepción temporal de los individuos.

Esto permite revisitar la noción clásica de la escuela de Chicago sobre ecología urbanas, toda vez que su formulación inicial se basa en posicionamiento espacial y por tanto, en los efectos ya acotados en los estudios de movilidad. En el planteamiento original de Park (1925; 1999), McKenzie (1924) y Burgess (1926) subyace la idea de una homogeneidad distribuida en el espacio, por tanto las ecologías, los espacios interaccionales, tendían a ser estables y permanentes mientras la homogeneidad espacial persistiera subsumiendo la temporalidad como una constante y era posible considerarlas como una condición estructural, algo similar a lo que ocurre en la idea de *contexto* de Giddens. Sin embargo al variabilizar el tiempo a partir de su percepción el espacio interaccional se torna inestable, pues nada asegura la persistencia de la comunalidad. Se torna una conformación, compuesta sólo y mientras los programas de acción contextual de los individuos conformen cierta comunalidad, al variar esto, se conforma otro espacio de interacciones. Por ello es posible que en un mismo espacio urbano ocurran cosas diferentes según horarios del día o de la noche. La variación que explica esto se encuentra en la interacción social no en el espacio mismo.

En relación a lo anterior, hablar de duración de un espacio de interacción urbano equivale a señalar que éstos no son estables temporalmente, tienen un principio y un final. En la misma línea que la *situación* de Thomas, lo que marcaría la enactación de un espacio interaccional (ecología), y a la vez los parámetros de su duración, sería la *comunalidad* de sentidos sobre el objeto, 'comunalidad' de valores de sentido y de tiempo presentes en un conjunto de individuos interactuando en un mismo espacio. Esta 'comunalidad', habilitada por la operación de la capacidad empática, puede ser persistente sólo si mantiene cierta intensidad, es decir, si las percepciones individuales sobre el objeto mantienen un varianza mínima. En esto opera un mecanismo similar al descrito por Weber para explicar la *vigencia* de ciertos fenómenos, la "corroboración situacional" haría posible la persistencia de una 'comunalidad' de tiempo e implica que los individuos son capaces de viralizar sus percepciones y valoraciones temporales. Nuevamente, el mecanismo empático es parte de esto, pues permite sostener operativamente lo que Tarde describió como fenómenos de imitación y contagio de creencia y deseos. En este caso, los diversos individuos son capaces de comunicar, contagiar e imitar creencias y deseos sobre el tiempo hacia sus interactuantes toda vez que ellos ostentan la capacidad de reproducir cognitiva y prácticamente tales propuestas. Como concluye Robert King Merton (1995), si las personas definen las situaciones como reales, éstas son reales en sus consecuencias (1928: 572): el teorema de Thomas.

Los límites y distancias de estos espacios interaccionales no operan en un sentido geométrico, lo son en un sentido socio temporal, vinculante (Simmel, 1908), intersubjetivo; lo son en la medida en que las interacciones y/o asociaciones que le dan forma se mantengan vigentes (Law, 2002: 97; Latour, 2005). Esto se expresa en el carácter mutuo o recíproco de la conformación ecológica. Aún cuando cada individuo interactúe a partir de una *noción de contexto* particular, la enactación de su programa de acción es realizada en un escenario recíproco, compuesto por los objetos que se van agregando y desagregando de él. Los efectos de esto no son iguales (o simétricos) en cada individuo, pero todos los participantes de una interacción son afectados por esta. Como señala Giddens, los individuos al actuar toman en cuenta las conductas (formas de acción) de otros individuos (1984, 43), a ello debemos sumar que también toman en cuenta las formas de acción que insinúan (u obligan) los objetos no humanos con que interactúan. La interacción es un vínculo recíproco (Simmel, 1908; Hénaff, 2010), aunque ello no implique que sea simétrico, debido a las variaciones en la interpretación del contexto y las respuestas por parte de los actores. Por ello, la acción individual es siempre enactada en un estado de desbalance formal (Law, 2004: 161; Hénaff, 2010), donde las

composiciones de contexto individuales afectan al ritmo colectivo en tanto resonancias (Law, 2004: 144)

Describir a los espacios urbanos como ‘ecologías de interacción’ implica que éstas son posibles de establecer, no por límites geográficos sino por la impronta que estos lugares operan sobre la acción de los actores. El término ‘lugar’ puede ser también puesto en discusión una vez que se considera insuficiente el aspecto geográfico del mismo y se apuesta a una visión comunalizada y sincrónica de estos. De hecho, desde esta perspectiva lo que determinaría una ‘ecología’ sería la ‘comunalidad’ de programas de acción que operan dentro de ella y que son reconocidos como vigentes en las actuaciones de los individuos.

Dicho de otra manera, la configuración ecológica de un espacio urbano es el resultado de la normalización de las percepciones programáticas sobre el mismo. Eso quiere decir que las configuraciones ecológicas provienen de apreciaciones perceptuales y cambiantes, dependen de las formas como los individuos componen la noción de su entorno como base para la aplicación accional de programas. Recíprocamente estos dependen de la información espacial y accional que los individuos perciben y procesan.

La ocupación del espacio urbano puede ser mejor relatada si se tienen en consideración más que las variaciones, tipologías y patrones de la acción individual (Hillier, 2007; González et al, 2008; Hall, 2012), los aspectos que establecen distancias (cortas o largas) entre ellos. La ‘comunalidad’ es un noción que permite apreciar esto incluso si tiene una alta dispersión en los valores de la variable medida, como ocurre con la percepción.

Establecido lo anterior, los estudios urbanos no sólo requieren de ampliar la noción de ‘espacios de interacción’ o de ‘ecología’ incluyendo en su rango las vinculaciones posibles de su percepción, sino también requieren entender que su duración está fuertemente relacionada con la ‘comunalidad’ de percepciones en los actores que los articulan. Estabilizarlos, extender su duración, requiere de intervenir ese aspecto.

## Referencias

- Asendorpf, J. B. (2002). Self-awareness, other-awareness, and secondary representation. En A. Meltzoff & W. Prinz (Eds.), *The imitative mind: Development, evolution, and brain bases*. New York: Cambridge University Press.
- Ato, M., López, J. A., Velandrino, A. y Sánchez, J. (1990). *Estadística avanzada en el paquete SYSTAT*. Murcia: Universidad, Secretariado de Publicaciones.
- Baudrillard, J. (2004). *El sistema de los objetos*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Bekkering, H., de Bruijn, E. R. A., Cuijpers, R. H., Newman-Norlund, R., van Schie, H. T., & Meulenbroek, R. (2009). Joint action: Neurocognitive mechanisms supporting human interaction. *Topics in Cognitive Science*, 1, 340–352. Recuperado de <http://www.nici.kun.nl/~meulenbroek/Publications/Bekkering%20et%20al%202009.pdf>
- Berger, P. y Luckmann, T. (2006). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Callon, M. (2006). What does it mean to say that economics is performative? *CSI Working Papers Series*, 5. Paris: Centre de Sociologie de l’Innovation.
- Clark, T. (2010). Introduction. En G. Tarde (Ed.), *On Communication and Social Influence: Selected Papers*. Chicago: The University of Chicago Press.

- Elias, N. (2010). *Sobre el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Flaherty, M. (1999). *A watched pot. How we experience time*. New York: New York University Press.
- Flaherty, M. (2011). *The textures of time. Agency and Temporal Experience*. Philadelphia: Temple University Press.
- Flaherty, M. & Fine, G. A. (2001). Present, past, and future: Conjugating George Herbert Mead's perspective on time. *Time Society* 2001, 10(2-3), 147-161. <https://doi.org/10.1177/0961463x01010002001>
- Giddens, A. (2006). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Gigerenzer, G. (2008). *Decisiones instintivas. La Inteligencia del inconsciente*. Madrid: Ariel.
- Gigerenzer, G. & Brighton, H. (2009). Homo Heuristicus: why biased minds make better inferences. *Topics in Cognitive Science*, 1(1), 107-143. <https://doi.org/10.1111/j.1756-8765.2008.01006.x>
- González, M., Hidalgo, C., & Barabási, A-L. (2008). Understanding individual human mobility patterns. *Nature*, 453(7196), 779-782. <https://doi.org/10.1038/nature06958>
- Gumbrecht, H. U. (2001). How is our future contingent?: Reading Luhmann Against Luhmann". *Theory Culture Society*, 18(1), 49-58. <https://doi.org/10.1177/02632760122051634>
- Hall, S. (2012). *City, street and citizen. This measure of the ordinary*. London: Routledge.
- Hénaff, M. (2010). *On the Norm of Reciprocity. Reciprocità e alterità: la genesi del legame sociale, Quaderno 2010*. Catania: Teoría e Crítica della Reolazione Sociale.
- Hiller, B. & Hanson, J. (2005). *The social logic of space*. New York: Cambridge University Press.
- Hillier, B (2007). *Space is the machine*. London: Space Syntax.
- Iacobini, M. (2009). Las neuronas espejo. Empatía, neuropolítica, autismo, imitación o de cómo entendemos a los otros. Buenos Aires: Katz.
- Lederbogen, F. Kirsch, P., Haddad, L., Streit, F., Tost, H., Schuch, ... & Meyer-Lindenberg, A. (2011). City living and urban upbringing affect neural social stress processing in humans. *Nature*, 474(7352), 498-501. <https://doi.org/10.1038/nature10190>
- Latour, B. (2005). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Latour, B. y Lépinay, V. A. (2009). *La economía, ciencia de los intereses apasionados. Introducción a la antropología económica de Gabriel Tarde*. Buenos Aires: Manantial.
- Law, J. (2002). Objects and spaces. *Theory, Culture and Society*, 19(5-6), 91-105. <https://doi.org/10.1177/026327602761899165>
- Law, J. (2004). *After method. Mess in social science research*. London: Routledge.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Mckenzie, R. (1924). The Ecological Approach to the Study of the Human Community. *The American Journal of Sociology*, 30(3), 287-301. Chicago: The University of Chicago Press.

- Mead, G. H. (1936). *Movements of thought in the nineteenth century*. Chicago: University of Chicago Press.
- Merton, R. K. (1995). The Thomas Theorem and the Matthew Effect. *Social Forces*, 74(2), 379-424. <https://doi.org/10.1093/sf/74.2.379>
- Meyer-Lindenberg, A. (2012). Neural mechanisms mediating urbanicity and migration risk. *Schizophrenia Research*, 136, S20. [https://doi.org/10.1016/s0920-9964\(12\)70068-3](https://doi.org/10.1016/s0920-9964(12)70068-3)
- Pacherie, E. (2011). "The phenomenology of joint action: Self-agency vs. joint-agency. En A. Seemann (Ed.), *Joint Attention: New Developments*. Cambridge MA: MIT Press.
- Pantzar, M. (2010). Future shock-discussing the changing temporal architecture of daily life. *Journal of Futures Studies*, 14(4), 1-22.
- Park, R. E. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Madrid: Ediciones del Serbal.
- Park, R. E., Burgess, E. W., & Mckenzie, R. D. (1984). *The city. Suggestions for investigation of human behavior in the urban environment*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Torre, R. (1989). El calendario sagrado: el problema del tiempo en la sociología durkheimiana (I). *Reis*, 46, 23-50. <https://doi.org/10.2307/40183392>
- Torre, R. (1989). El calendario sagrado: el problema del tiempo en la sociología durkheimiana (I). *Reis*, 48, 53-77. <https://doi.org/10.2307/40183461>
- Torre, R. (Comp.). (1992). *Tiempo y sociedad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Schutz, A. y Luckmann, T. *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sevtsuk, A. (2008). Explorations into urban mobility patterns using aggregate mobile network data. *Paper# TSI-SOTOUR-08-03. Working Paper Series*. MIT Portugal Program. Transportation Systems Focus Area.
- Sevtsuk, A. & Ratti, C. (2010). Does urban mobility have a daily routine? Learning from de aggregate data of mobile networks. *Journal of Urban Technology*, 17(1), 41-60. <https://doi.org/10.1080/10630731003597322>
- Simmel, G. (1987). *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza Editorial.
- Simmel, G. (2007). *Roma, Florencia, Venecia*. Barcelona: Gedisa.
- Simmel, G. (2009). *Cuestiones fundamentales de Sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Simmel, G. (2003). *La ley individual y otros escritos*. Barcelona: Paidós – ICE-UAB.
- Stein, E. (2004). *El problema de la empatía*. Madrid: Trotta.
- Song, Ch., Koren, T., Wang, P., & Barabási, A-L. (2010). Modeling the scaling properties of human mobility. *Nature Physics*, 6(10), 818-823. <https://doi.org/10.1038/nphys1760>
- Tarde, G. (1897). *Las leyes sociales*. Barcelona: Casa Editorial Sopena.
- Tarde, G. (2011). *Creencias, deseos, sociedades*. Buenos Aires: Cactus.

- Thomas, W. I. (1923). The unadjusted girl: With cases and standpoint for behavior analysis. *Criminal Science Monographs*, 4, Supplement to the Journal of The American Institute of Criminal Law and Criminology.
- Thomas, W. I. & Thomas, D. S. (1928). *The child in America: Behavior problems and programs*. New York: Alfred A. Knopf
- Todd, P. & Gigerenzer, G. (2012). *Ecological rationality*. New York: Oxford University Press.
- Vernik, E. "(2003). Ideales Simmelianos. *Estudios Sociológicos*, 21(1), 75-87.
- Vernik, E. (2009). *Simmel. Una introducción*. Buenos Aires: Cuadrata.
- Zerubavel, E. (1979). Private time and public time: The temporal structure of social accessibility and professional commitments. *Social Forces*, 58(1), 8-58. <https://doi.org/10.2307/2577783>
- Zerubavel, E. (1981). *Hidden rhythms. Schedules and calendars in social life*. Chicago: University of Chicago Press.
- Zink, C. F. & Meyer-Lindenberg, A. (2012). Human neuroimaging of oxytocin and vasopressin in social cognition. *Hormones and Behavior*, 61(3), 400-409. <https://doi.org/10.1016/j.yhbeh.2012.01.016>